



EL TRAZADO DE LOS SUEÑOS.

Santiago Montobbio

EL TEÓLOGO DISIDENTE

No existe la muerte, no ha existido nunca.
Aunque bajo su amenaza haya vivido el hombre,
en su mentira, no existe la muerte, no existe,
y si adivináis tras la luna el exacto rostro
de la ausencia, si con olvido miráis
la pupila oscura de la espera
entenderéis que no existe, que de verdad no existe
y que cómo iba a existir ella y qué nombre
hubiéramos podido darle entonces a esta tierra.

ESCENA

Nosotros esperábamos jinetes, jinetes no sabíamos de quién,
jinetes quizá de nadie. Alguien tenía que enviar jinetes,
eso nos dijeron, por eso los esperábamos. En calmar llagas
con vendas de silencio
matábamos el tiempo. Así
esperábamos jinetes. Pero
ya no esperamos. Porque en esto
se nos fue la vida, pueden
reírse, en esta escena.
Todo
era un engaño.

GEOGRAFÍA

No hay que aborrecer la geografía. Particularmente
he de confesar que yo le tengo envidia:
mapas, cristales, amores, días, medidas.
A todo eso yo le tengo envidia entre las ramas,
mientras estoy suspendido de silencios de palabras
que no saben dar nombres de nada.

TODA HISTORIA

Toda historia es simple y se me olvida.
Quizá me fui a tomar café, quizá la amaba
y me perdí entre jardines de piernas esmaltadas
que fueron juncos trenzados de palabras
y después retama que mi lengua de trapo
había hecho trizas. Quizá fue el amor,
quizá el café, tal vez la noche. El recinto
sin madrugadas, con sangre y lunas rotas,
el recinto, el barranco de dientes oxidados
o el valle de hojas de afeitar dulcísimas
no hería o no existía. Quizá fue el café
o fueron sus piernas, o quizá la amaba.
Toda historia es simple y se me olvida
en las axilas de mi ciudad tristísima.
Sabedlo ya: mis ojos no se acuerdan de qué miran.

DONDE TIRITA EL NOMBRE

La soledad es una frontera donde tiritita el nombre,
y detrás de ella no hay más que un infierno
donde las yemas de los dedos no guardan dibujos
que puedan distinguirnos.

Y ESO QUE HACE TIEMPO QUE SÉ QUE TENGO QUE ESCRIBIRTE UNA COSA PARECIDA:

La adolescencia es una pantera hecha de mimbre,
pero detrás de la noche aún sostiene al mundo.
El silencio de sus pasos oigo, si se va la tarde,
y mi cursi corazón te sueña etcéteras

ANTES DE PROSEGUIR

Yo dormía y había olvidado
que fui un dios, un río y
quizá un sol. (Sé que las
fábulas tristes que para invisibles
ejercitas de niños tontos
a golpes de insomnio tejo
siempre son las mismas, pero
para el vivir o el verso
que no ha de tener destino
la vida son sólo aquellas
derrotas que no varían).

-PODRÍAMOS HABERNOS SIDO INFIELES, POR FIN ME DIJO.

Después respiró un poquito, y entonces yo pensé que tras sus ojos
había habido siempre unos curiosos lagos hechos de silencios y de patos.
Lo de patos -que es tan vulgar- no sé bien a demonio de qué me vino,
pero me hizo gracia imaginármelos simpáticos y limpios
mientras iban del agua al cielo, del cielo al agua, otra vez
y viceversa, extraños, muy dulces niños.
Acabado el respiro se acordó del café y lo miró sin ruido.
-Sí, tendríamos que habernos sido quizá infieles.,
tú podrías, no sé, haber variado más, haberte divertido;
yo hubiera aprendido a que no importara,
e igual todo habría sido distinto, otra vez dijo.
Esto me recordó una triste canción de radio
que se oía mucho hará unos dos años.
Por lo que respecta a las lágrimas, fingí mejor
desconocer que existían. (Yo nunca llevo pañuelo,
y esto es lo que debe ofrecerse según las películas).
Después todo terminó de prisa, a mí se me hizo de pronto tarde
y me apliqué a representar el papel de otra escena en seguida.
-Los finales no son ciertos, jamás terminan, me había dicho.
Como eso me pareció cierto, tuve miedo o tuve frío.
Me apliqué -ya digo- a urdir otra escena
que no oliera tantísimo a domingo.
Debí contarle en ella alegrías falsas, esperanzas absurdas
e imprecisas, no lo sé bien, cualquier mentira.
"Los finales no son ciertos, jamás terminan".
Y yo debí de hablarle de libros o de antiguas lluvias
entre bromas de cariño o niño. Porque los finales no son ciertos,
jamás terminan, pero yo no sabía ya cómo decirle
que no recordaba quién me quiso.

NO ES NINGÚN SECRETO

Detrás de cada noche se esconde una amenaza
y ante una amenaza sólo queda el balcón abierto
o sus labios eran juncos que por un momento detenían
el incesante llover de la tristeza
o nuestra historia es tan pequeña y además ya tiene tanto frío
que en su único verso ahogado
resume por entero al mundo
o no debemos olvidarnos de recordar a la mañana
que para que sigamos viviendo es del todo imprescindible
que se refleje alguna vez
en los sueños del estanque.
A veces quizá mejor un “a pesar de todo tú y yo tendremos
una casa sólo que de aire”, y en caso de que tengamos
que volver a casa y que olvidadas mamás
vayan a reñirnos por llegar tan tarde
probablemente será más acertado algo así como “cualquier nombre
que escribamos tendrá forma de ausencia o de ceniza”
y después, con vocación de final, y más simplemente:
“herejías del fuego, sobre una estrella un amor se ha disecado,
no puede ser más triste la menopausia de la espera, la memoria
sin espinas no es de nadie, ahora sí que no han de llegar los barcos”.
Y, ya por último: “dedos de sombra sobre naipes huérfanos”.

Sí. Lo diremos así, a la fuerza tendremos nosotros
que vivir así esta tarde, hasta el fin del tiempo.

Y si entonces alguien a quien hubiéramos engañado o perdido,
alguien antiguo que volviera como de un olvidado sueño se vuelve
nos preguntara por todo esto, nada más podríamos decirle,
como excusa torpe temblando en manos huecas:
“Señor, tendréis que perdonarnos,
pero no es ningún secreto. Aquí,
en esta inútil tierra que nos dieron,
todos somos poetas (con más o con menos tretas)”.

DE PUNTILLAS

Sombrío o lúcido o con el corazón torcido, me dijeron,
cual demonio tienes que haber perseguido sin encuentro
y cual demonio tienes también que haber gastado
las acuchilladas pieles de la infancia
tras alcoholes o noches que resultaron al fin no tener
forma menos triste que la tierra. De la vida ya en su envés,
un vacío de pozos afónicos ha de ser tu nombre
y no has de ignorar tampoco que hace ya varias edades
desde que las aventanadas palabras dejaron de ser
espejo, huida, mirada o lluvias. Pero era ahogada luna
tu destino -con el extraño gesto, trompeta o almíbar,
de quien sabe ser sonriente y solemne a un tiempo
concluyeron-; una luna que se ahoga, un destierro.
Pero los dioses han de saberlo y -jamás lo dudes
también premiártelo.

Así fue y así lo cuento. Bueno, es verdad, sí,
es cierto que tuvieron la decencia de advertirme
que en ese instante estaban de vacaciones, como ellos.
Pero que no: cómo iba a querer esconderte eso,
si por la más ridícula rendija que dejó el mirar
es la sombra una amenaza y, además, todo esto no es más
que un modo absolutamente estúpido de decirte (según creo)
lo que quizá sería conveniente que hicieras
con las historias en que tuvo que morder mi olvido,
con las arañas o historias del abandono de los niños lagos,
con los abandonados niños que un día fui, que arañé después,
y que te envió.

Simple como la vida o su ceniza
va a tener que ser tu oído: pues que nacieron en silencio ahogadas
ponías debajo del agua, tras los juncos. Y a partir de entonces
nada busques. Que ellas no esperan, sólo sufren, y únicamente
si nace de ellas una noche para mi ciudad perdida
alcanzarás a oír cómo respiran -de vez en vez y cuando
nadie mira, como yo o así: poquito, despacio, de puntillas.

EL ANARQUISTA DE LAS BENGALAS

Yo soy el anarquista de las bengalas,
el anarquista único, el que permanece y pasa:
he tenido nombres en los que dormían las frutas
de los corazones raros. A todas horas trabajo,
y en especial cuando la gente afirma
que no hago nada. Sé lavarme el alma
sobre papel y nada, colocar bombas de relojería
en las ciudades que siento en las espaldas,
buscarle y con olvido las cosquillas a un amor
que prefiguro con distancia y a través de todo eso
seguir estando en todas partes habiéndome marchado.

Porque yo soy
el anarquista de las bengalas. Cada vez
que enciendo una tu corazón
y mi corazón se apagan.

DONDE QUEDA DILUCIDADO EL UBI SUNT O QUÉ QUIERES QUE LE HAGA SI SIEMPRE PENSÉ QUE TUS PIERNAS TENÍAN QUE SER PARIENTES DE LAS COLUMNAS DÓRICAS

Después de haberte amado durante todos los crepúsculos
de un incierto pero abundante número de edades
ha quedado reducida a casi nada
mi natural predisposición a la tragedia.

Ahora ni te quiero ni te espero
o simplemente hago eso como puede
hacerlo el hombre, es decir, tan
tristemente como permite el tiempo.

Pero te equivocarás si piensas
que estoy orgulloso de ello.
Pues trabajo me lleva fingir
que no me veo en los espejos.

PÓSTUMO

De todos mis amigos
yo tuve la muerte más extraña:

con el alma dislocada
fui silencio por la página.

